

Estimada directora,

Estimados padres y madres de alumnos

Queridos alumnos y alumnas del IES La Canilla.

Quiero ante todo dar las gracias a mis compañeros por haberme concedido el honor de dirigirles a ustedes unas palabras en este solemne acto con el que celebramos que un grupo de chicos y chicas de nuestro instituto culmina un importante periodo de sus vidas.

Han sido largas horas de clase, unas detrás de las otras, hasta formar días y semanas, que más tarde se hicieron meses y, de pronto, como una planta que crece ante nuestros ojos, sin que nos demos cuenta, los niños se han convertido en jóvenes preparados para comerse el mundo.

Juntos hemos pasado “tardes pardas y frías de invierno. Monotonía de lluvia en los cristales”, como decía Machado, y hemos visto deambular “vírgenes con escuadras y compases, velando las celestes pizarras”, en palabras de nuestro querido Alberti.

Si sumáramos el tiempo que hemos pasado bajo estos techos, casi podríamos considerarnos de la misma familia. Ese hilo de tiempo que parecía infinito, interrumpido sólo a golpe de exámenes y vacaciones, ha ido tejiendo entre nosotros – profesores, alumnos, padres, trabajadores de la limpieza, conserjes, personal de administración y servicios- una maraña de afecto que nunca podremos desliar.

No es casual que ayer mismo constituyéramos la Asociación de Antiguos Alumnos de nuestro instituto. Y ha sido verdaderamente extraordinario comprobar la excelente acogida que ha tenido la iniciativa, pues los chicos y chicas que un día se marcharon de estas aulas, como vosotros lo hacéis hoy, guardaban en su corazón maravillosos recuerdos de sus años en el Instituto La Canilla.

La labor educativa es mucho más que abrir el cofre del conocimiento, pues la información es un elemento pasivo que se atesora en los libros y hoy en la nube de internet, pero los valores, las actitudes, la profesionalidad en el desempeño de una función la enseñan las personas y se transmite de corazón a corazón.

Es difícil decidir el futuro de alguien cuando apenas acaba de comenzar a vivir, pero así es la adolescencia, una encrucijada por la que todos pasamos, con mayor o menor acierto. Es una batalla a puerta cerrada entre la suerte y el esfuerzo, un duro entrenamiento para la vida.

En nombre de todos los profesores que forman el claustro de este centro y en el mío propio os deseo acierto y un camino repleto de éxitos.

Pero no sois vosotros los únicos que abandonáis el instituto. También algunos profesores ya no estaremos el próximo curso, por decisión propia o por imposición.

Estoy pensando en aquéllos que han venido desarrollando su labor docente como interinos y que hoy contemplan con temor cómo el sistema los expulsa, como consecuencia de “la racionalización del gasto público en el sistema educativo”; un Real Decreto que parte de un gigantesco error, como es el de confundir “gasto” con “inversión”, pues no hay mayor inversión para un pueblo que la de educar a su gente.

Quitar dinero de educación supone eliminar las aulas de apoyo y abandonar a su suerte a los alumnos que avanzan con dificultad.

Quitar dinero de educación supone frenar la trayectoria de otros que progresan a buen ritmo para que se acoplen al de la mayoría.

Quitar dinero de educación supone aumentar la tasa de fracaso y de abandono escolar, la misma que llevó a miles de muchachos al palacio encantado del sector de la construcción, convertido hoy en la casa de los horrores.

Quitar dinero en educación supone hacinar alumnos en las aulas y volver a un modelo educativo que pensábamos erradicado con la transición a la democracia.

Quitar dinero de la enseñanza pública supone romper la alianza social en post de la igualdad de oportunidades, pues ahora la educación de calidad estará en los centros privados y será para quien pueda pagársela.

Probablemente no nos equivoquemos si pensamos que esta agresión al sistema público de educación obedece a una estrategia que hunde sus raíces en oscuros intereses, tan ocultos como esos misteriosos mercados.

Pero no es momento de hablar de amenazas sino de oportunidades, las que se os presentan en este momento, en un abanico de modelos de vida para vuestro futuro, que, sin duda, está lleno de esperanzas.

Algunos iréis a la Universidad, en esta o en otras provincias, y otros intentaréis flanquear la barrera del mercado laboral por vuestros medios, como emprendedores, o como trabajadores por cuenta ajena.

En definitiva, son momentos de cambio.

Si me permitís, quiero abrir una rendija en mi corazón para contaros que también yo me marchó.

Me encuentro bien de salud... y tampoco tengo edad de jubilarme, así que podéis imaginar que son acontecimientos felices los que me llevan a emprender rumbo hacia otro puerto, siempre con el mascarón de proa de este mar y este cielo que me encandiló hace más de veinte años.

Les quiero contar una pequeña historia de amor.

Cuando yo llegué al instituto, no se llamaba La Canilla, ni estaba en este frontal de mar tan maravilloso que nos saluda cada mañana, sino en la Plaza de la Reina, en el palpitante barrio de La Viña, donde emana el carnaval en cada una de sus piedras.

El desayuno, en Casa Tino. El pescado, del puesto de la esquina del instituto. Y el tabaco.... de contrabando.

El Barracón, que así se llamaba, fue el primer centro de la provincia donde se implantó de manera experimental la Reforma Educativa de finales de los 80.

En aquel austero edificio que entonces nos albergaba ocurrieron acontecimientos educativos prodigiosos: llegaron los ordenadores, nos conectamos al universo de internet, experimentamos nuevas estrategias educativas y pusimos en marcha multitud de proyectos de innovación, impensables hasta entonces para un humilde instituto de barrio.

Era como una probeta en mitad de ese variopinto laboratorio social que constituye el barrio. Éramos los modernos, los avanzados, los científicos de la Enseñanza Secundaria.

Como ocurre con el amor, uno tiende a encandilarse de quien menos se le parece.

Quiso el destino -que no es otro que la sacrosanta Administración Educativa- que nos uniéramos a otro instituto: el instituto Rubén, donde poemas y declinaciones corrían por los pasillos a su antojo, utilizando por toda tecnología el papel y la tiza.

Un concepto romántico de la enseñanza, donde el amor a las letras llegaba hasta el punto de hacerse carne y hueso en los ensayos de teatro.

Fue en el año 2006 cuando sellamos nuestra alianza los intelectuales con los técnicos, el libro con el pen drive.

Entre el pragmatismo de la Viña y el romanticismo del Rubén hemos hecho el Marítimo, con estas maravillosas vistas al mar, que tanto echaremos todos de menos.

Quiero enviar un recuerdo especial en este momento a todos lo que formáis parte de este cosmos particular que hemos ido construyendo a lo largo de los años: José María, mi colega Miguel, Eulogio, mis grandes amigas Carmen Bernabé y Carmen Alonso, Ana y, por supuesto, Rosa, la directora, que ha sabido llevar con mano firme el timón de este centro, sin imposiciones, siempre desde el compromiso de facilitar las cosas.

En este punto en que nos encontramos hoy confluyen los anhelos personales, académicos y profesionales de mucha gente: estudiantes, profesores, padres y madres.

¡A todos, buenas noches y buena suerte!

Y como no hay fiesta sin música, os obsequiamos con una rara pieza de gran exquisitez perteneciente al Barroco Tardío que el profesor de música, ha rescatado de antiguas partituras, y que interpretaremos los profesores.